



DESTINOS CUMPLIDOS

EL ENSAYO QUE ERICH AUERBACH DEDICA A DANTE ES LA MEJOR INVITACIÓN PARA VOLVER A LEER AL MÁS GRANDE DE LOS POETAS DEL OCCIDENTE POSTCLÁSICO. UN POETA ÚNICO, SEÑALADO, INIMITABLE, GRACIAS AL CUAL EL CRISTIANISMO ALCANZA SU MAYOR IMPULSO

DANTE, POETA DEL MUNDO TERRENAL

ERICH AUERBACH

TRADUCCIÓN DE JORGE SECA
ACANTILADO. BARCELONA, 2008
296 PÁGINAS, 24 EUROS

EUGENIO TRÍAS

¿Existe algo más real que la vida misma? ¿Será verdad que la realidad supera la ficción? ¿O es la ficción, cuando logra un calado infinito, la que nos acerca a lo más real y verdadero?

Fueron los poetas, según Herodoto, los que enseñaron a los griegos sus dioses y su religión. Homero y Hesíodo, sin duda; también los trágicos. Fueron ellos, además, quienes mejor nos mostraron la condición humana. Fue preciso rebajar los coturnos épicos y trágicos para acercarse a la comedia de caracteres. Lo mismo en otras grandes culturas. ¿Qué sería del hinduismo sin esa pieza inigualable en grandeza ética, estética y religiosa, intercalada en el *Mahabharata* a modo de meditación antes de la batalla, el *Bagavad Gita*, que T. S. Eliot considera el Himalaya literario de la humanidad, quizás ex aequo con *La Divina Comedia* de Dante Alighieri?

El mismo cristianismo alcanza su mayor impulso gracias a un poeta único, señalado, inimitable. Es el gran poeta de la cristiandad. Sólo Calderón de la Barca, en el crepúsculo del *Ancien Régime*, logra si no igualar, al menos aproximarse a ese universo dantesco.

CAVERNA PLATÓNICA. Dante consigue que el escenario de su viaje a ultratumba aparezca ante nuestros ojos como máximamente real y verdadero. La vida eterna, la vida del más allá resulta ser lo «verdaderamente real» (Platón). Lo que aquí sucede –en este escenario de peregrinación por el que circula el *homo viator*– se asemeja, en comparación con la vida de ultratumba, a la caverna platónica: un mundo de sombras donde la memoria se fragmenta y distorsiona por la erosión del tiempo. *Media vita in morte sumus* viene a decir el viajante en paráfrasis ya en las primeras líneas del poema.

En el más allá los destinos se han cumplido. Por eso los caracteres alcanzan un perfil personal realizado que no poseían en la tierra. Todavía aguardan una última metamorfosis que intensificará la unidad del carácter con el destino, o que radicalizará la unión sustancial de cuerpo y alma en la persona íntegramente individual. Esos muertos vivientes –más vivos que los contemporáneos itinerantes– aguardan todavía el día mayor de los días: la segunda venida del Cristo y la resurrección de la carne.



MAGISTRAL INTRODUCCIÓN
A «LA DIVINA COMEDIA». A LA IZQUIERDA, RETRATO DE DANTE, JUNTO A ESTAS LÍNEAS, DIBUJO DE WILLIAM BLAKE INSPIRADO EN EL «CANTO 10» DEL «INFIERNO»



El juicio de Dios ya se ha efectuado. Se ha emitido lo que un siglo después del Dante se llamará juicio particular. Ese juicio invade las entrañas y el cerebro de esas sombras iluminadas, o de esos muertos que están más vivos que los vivos: agudiza sobre todo su memoria y esencializa sus recuerdos (como se dice que acontece en los últimos destellos de esta vida).

POR TODA LA ETERNIDAD. El juicio de Dios consigue una transfiguración de los personajes que los acerca a sí mismos en transparencia: los fija por toda la eternidad. Su carácter se ha fundido con su destino. Esa unión es especialmente efectiva porque la antropología tomista, sobre la que sustenta Dante su grandísimo itinerario por los tres estadios del más allá, es muy superior a la griega, a la platónica y a la del propio Estagirita.

El hombre no es alma que vagabundea entre los cuerpos, ni es unión sustancial de forma y materia que se deshace al morir. La muerte, por el contrario, permite una doble unión radical: de cuerpo y alma en la sustancia personal individual; y de carácter y destino en la escatología del proceso. Aquí la comedia de caracteres deja de ser tema de chanza prototípica. Apunta a lo máximamente singular y personal. Pero el recorrido es propio de la comedia (una comedia divina): se inicia en el máximo infortunio (Infierno) y tiene su peripecia en el Purgatorio. Allí se produce el cambio de fortuna, que culmina en la impresionante alegoría de la Rosa Mística en el Paraíso.

Este libro de Eric Auerbach es extraordinario. Lo único que lamenta el lector es que se termine. Todo él rebosa inventiva, genialidad, capacidad de comprensión. Lo encabeza el célebre aforismo de Heráclito: «El carácter es, en el hombre, el destino».

Va mostrando cómo esa unión sólo a medias se consigue en los escenarios épicos, trágicos y de comedia de

la antigüedad. Cuando en ellos existe un *descensus ad inferos*, como en la *Odisea* o en la *Eneida*, los personajes tienen carácter efímero, y un destino sin perfil: son sombras que se irán volviendo pálidas, inanes, evanescentes. La vista de Ulises y de Eneas a los infiernos sólo admite encuentros verdaderos excepcionales: Aquiles, la madre de Ulises, Anquises (padre de Eneas).

En *La Divina Comedia* el narrador es el único ser vivo. Pero todos con quienes se encuentra poseen una vivacidad, una fuerza de realidad y verdad tan grandes, que el propio sujeto narrador termina siendo sólo ocasión y pretexto para que esa suprema verdad de los *destinos cumplidos* revele todo el perfil de su carácter. Lo hacen en los escasos destellos de la visita fugaz: suficientes para revelar esa fusión de carácter y destino.

ESTREMECEDOR ENCUENTRO. En virtud del juicio de Dios han sido agraciados con la auto-gnosis. Revelan la perfecta integración con el ecosistema en que se hallan. Los que están en el Infierno sólo tienen corazón y cerebro para las cosas de este mundo. ¿Cómo no recordar, de Auerbach, el estremeceador encuentro del Dante –en muy pocos tercetos– con sus compatriotas Farinata y Cavalcante en su obra culminante, *Mimesis*, que fue para muchos de nosotros el ingreso en la verdadera teoría literaria? ¡Claro que están en el Infierno! Farinata, enterrado medio

ESTE LIBRO DE AUERBACH ES EXTRAORDINARIO. LO ÚNICO QUE LAMENTA EL LECTOR ES QUE SE TERMINE. TODO ÉL REBOSA INVENTIVA, GENIALIDAD, CAPACIDAD DE COMPRENSIÓN

cuerpo bajo tierra, desprecia los tormentos a los que se halla sometido descubre en Dante un florentino; conoce que no es de los suyos. Preguntado por el destino de sus huéspedes gibelinos: eso es lo que le ocupa cerebro y sentimiento. Cavalcante asoma un instante en medio de la conversación, estimulado por el acento toscano del Dante: pregunta por su hijo, lo único que le despierta del sopor infernal. Se cree que ha muerto y se desespera.

Se dice que el Infierno posee una vitalidad y realismo mayor que el Purgatorio y el Paraíso: tal fue la interpretación romántica. Liszt, mal aconsejado por Wagner, rehusó culminar su sonata y su sinfonía Dante con un recorrido por los cielos. Auerbach, cuyo gran tema es la *mimesis* de la realidad, niega esta concepción propia del romanticismo.

LA GRAN INFLEXIÓN. Auerbach refuta que en el Paraíso los caracteres se difuminen. Pero mientras los personajes infernales sólo piensan –por toda la eternidad– en las cosas terrenales, en el Purgatorio tiene lugar la gran inflexión. Los personajes del Paraíso, desde la propia Beatriz, que hace de anfitriona, hasta los grandes santos del mundo anterior al Dante, Francisco de Asís, Domingo de Guzmán, Tomás de Aquino, Buenaventura, logran una metamorfosis más grandiosa. Conocen los escenarios terrestres (y los conocerán en plenitud cuando recuperen el cuerpo). Como las mónadas espirituales de Leibniz, no sólo reflejan el cosmos; también a Dios. Vislumbran la forma trinitaria que en la segunda persona da figura al ser humano. La metamorfosis del escenario de ultratumba radicaliza la unión sustancial de cuerpo y alma en la persona. Sobre pasa la evanescente transformación de sombra en sombra relatada por Ovidio.

Esta obra de Auerbach es la mejor invitación para volver a leer al mejor de todos los grandes poetas del Occidente postclásico. En él queda refutada la atolondrada idea de que el cristianismo destruya arte y literatura. Hegel –muy elogiado, con razón, por Auerbach– denominó esa gran transformación *arte cristiano-romántico*. El bello mundo de las formas clásicas giró hacia lo sublime interior. La persona individual, unión de destino y carácter, fue augurio de la subjetividad moderna.

Sólo en escenarios *post mortem* podía el viajero Dante vislumbrar esa ecuación en las fugaces y expresivas visitas a los habitantes de ese mundo tan terreno. El nuevo cielo y la nueva tierra (*Libro del Apocalipsis*) destilan en *La Divina Comedia* lo esencial de la vida en este mundo, desprendido de todo lo accidental y accesorio. ■